



# La economía política del desarrollo argentino

Fernando Porta

Hace 40 años, cuando la **Fundación de Investigaciones para el Desarrollo Económico (FIDE)** fue fundada por Héctor Valle, la Argentina llevaba más de un siglo (sub)desarrollándose como un país capitalista periférico; hoy lo sigue siendo y, como tal, padece los desequilibrios propios de una inserción subordinada en el sistema productivo mundial. Ciertamente, en estos cuarenta años el mundo cambió mucho, tanto o más que en los cien anteriores: la globalización económica y financiera se profundizó, de la mano de un cambio tecnológico que favoreció la flexibilización y la descentralización productiva, las instituciones acompañaron la desregulación de los mercados y la liberalización de los movimientos de capital y el modo capitalista de producción se volvió completamente hegemónico, anulando otras experiencias políticas y sociales alternativas y consagrando la inequidad casi como una norma natural.

Sin embargo, la lucha por la ampliación de derechos sigue viva y proponiendo también nuevas cuestiones: la crítica feminista, la crítica ecológica y la oposición a todo tipo de discriminación han extendido el horizonte de la igualdad deseada. La tarea del desarrollo debe hacerse cargo de los viejos problemas, a la luz de estas nuevas realidades.

## Idas y vueltas del debate sobre el desarrollo

América Latina, caracterizada tanto por el potencial de su dotación de recursos como por la profundidad de sus desigualdades sociales, se desarrolló entre las décadas de los '50 y '70 en un contexto intelectual y político atravesado por el debate sobre las opciones de desarrollo y las vías alternativas para redistribuir el poder y la riqueza.

---

***La lucha por la ampliación de derechos sigue viva y proponiendo también nuevas cuestiones: la crítica feminista, la crítica ecológica y la oposición a todo tipo de discriminación han extendido el horizonte de la igualdad deseada.***

---

En esta región del mundo predominaron las tesis que vinculaban el atraso de los países subdesarrollados con los rasgos específicos de su estructura de producción y de propiedad de los recursos y con la dinámica de su integración con los mercados mundiales. En el marco de este pensamiento, la superación de las relaciones de subordinación y dependencia con los

países centrales y la transformación de las estructuras que internamente trababan la movilización de los recursos disponibles aparecían como condiciones absolutamente necesarias para promover una trayectoria de cambio económico y social.

---

***Desde los '80 predominaron en la región las políticas económicas conocidas como Consenso de Washington; la eventual superación del atraso económico tendió a asociarse con la inserción en la economía mundial a través de una vasta desregulación de los mercados, la integración plena en los circuitos comerciales y financieros internacionales y la estabilidad monetaria.***

---

Esta etapa histórica fue cruentamente clausurada en la mayoría de los países de la región, a mediados de los años setenta, mediante golpes militares que inauguraron un proceso generalizado de violencia institucional, provocando una extraordinaria regresión social y desarticulando las bases políticas de aquellos objetivos de transformación económica. Los regímenes dictatoriales fueron la cara política de la reacción de los poderes centrales y de las élites internas a los intentos y la vocación de mayor independencia económica. Se dejaron de lado las opciones de desarrollo basadas en la industrialización por sustitución de importaciones y la búsqueda de una mayor articulación de las capacidades científicas y tecnológicas locales con el aparato productivo, para dar paso a procesos de acumulación con eje en la especialización en las ventajas comparativas naturales y en la expansión de las actividades financieras. Las teorías sobre el desarrollo y las temáticas vinculadas con la planificación y el largo plazo perdieron interés, al tiempo que era cuestionado el protagonismo estatal en la orientación del proceso de asignación de recursos.

En cierto sentido, **FIDE** fue un exponente tardío de aquellos postulados “desarrollistas”. Desde principios de los '80 predominaron en la región las políticas económicas conocidas como *Consenso de Washington*; la eventual superación del atraso económico tendió a

asociarse con la inserción en la economía mundial a través de una vasta desregulación de los mercados, la integración plena en los circuitos comerciales y financieros internacionales y el aseguramiento de la estabilidad monetaria. El debate y las preocupaciones sobre la causalidad, la dinámica y las políticas del desarrollo fueron relegados por el predominio intelectual y político de un recetario más o menos uniforme de supuestas buenas prácticas técnicas e institucionales.

Sin embargo, a lo largo de esta fase se generalizaron y agudizaron los problemas de inequidad a nivel mundial, se ampliaron las brechas económicas y sociales entre los países del centro y la periferia y, en general, se deterioraron los indicadores económicos y sociales más representativos, el empleo, la distribución del ingreso y el acceso a los bienes públicos. El crecimiento económico acumulado en el período fue, en gran medida, esterilizado por las crisis que terminaron cuestionando severamente ese paradigma político y económico, al tiempo que dejaron al descubierto la desarticulación de porciones significativas de las tramas productivas históricas y la restricción impuesta por los inéditos niveles de endeudamiento.

Así, se reveló la pobre sustancia conceptual de una supuesta solución y modelo únicos; el paradigma del “fin de la historia”, pretenciosamente incubado y generalizado entre el auge de las concepciones neoconservadoras y el colapso de los “socialismos reales” se mostró tan débil como efímero. La creciente insatisfacción con el discurso dominante en “la economía profesional” y la prédica sostenida de colectivos intelectuales sobrevivientes de aquella tradición teórica alternativa, como **FIDE** en la Argentina, llevaron en el nuevo milenio a un resurgimiento de las preocupaciones sobre el desarrollo y a una revisión crítica de las proposiciones históricas para dar cuenta de las particularidades de la fase vigente de la economía mundial.

### **Vueltas y vueltas del desarrollo argentino**

El retorno del crecimiento económico en varios países latinoamericanos a principios de este siglo, después

de más de dos décadas de relativo estancamiento, ha sido acompañado por una discusión sobre sus determinantes y límites y las políticas de desarrollo necesarias para darle un carácter duradero. El caso argentino resulta propicio para una exhaustiva evaluación de esta problemática. Si bien durante el período de industrialización previo el país había alcanzado un grado de desarrollo y complejidad en su entramado industrial inédito en América Latina, la profundidad de las políticas de apertura y desregulación económico-financiera experimentadas durante la regresión neoliberal también registraron un nivel único en la región.

La dictadura consiguió instalar cierto consenso –reavivado durante los '90– acerca de que las “viejas” formas de intervención eran, en sí mismas, restricciones significativas para el proceso de desarrollo; sin embargo, el rápido deterioro de los indicadores laborales y el aumento incesante de la pobreza y la indigencia llevaron a cuestionar la idea de desarrollo centrada exclusivamente en el crecimiento y en las bondades del libre mercado. Progresivamente, el análisis de las relaciones entre crecimiento y empleo y entre estructura productiva y distribución del ingreso recuperaron espacio.

---

***La economía argentina se ha mostrado muy volátil en términos reales, con ciclos de crecimiento relativamente cortos, recesiones frecuentes y picos y valles particularmente agudos. Se destruyen periódicamente algunas capacidades productivas, se lesiona y desarticula el tejido productivo y se reproducen expectativas negativas sobre la sustentabilidad del crecimiento.***

---

En una perspectiva de largo plazo, la economía argentina se ha mostrado muy volátil en términos reales, con ciclos de crecimiento relativamente cortos, recesiones frecuentes y picos y valles particularmente agudos. Este patrón de comportamiento es un síntoma de algunos problemas propios de la estructura tecno y socio-productiva pero, además, constituye un problema severo en sí mismo: se destruyen

periódicamente algunas capacidades productivas, se lesiona y desarticula el tejido productivo y se reproducen expectativas negativas sobre la sustentabilidad del crecimiento. Por estas tres vías, el producto observado resulta ser necesariamente siempre menor al producto potencial y se requiere de la sociedad un esfuerzo adicional en términos de inversión solo para volver a la senda previa de crecimiento. A la vez, este patrón de crecimiento ha estado permanentemente acompañado de una extrema volatilidad nominal, con abruptos desfasajes cambiarios, bruscos cambios de precios relativos, altos niveles de inflación y dramáticas transferencias de ingresos y patrimoniales.

El lento crecimiento de la economía argentina en el largo plazo y sus múltiples desequilibrios de corto plazo encuentran una primera explicación en la restricción externa, esto es, en las dificultades para generar o acceder de un modo genuino a los recursos externos que permitan sostener el nivel de actividad interno y financiar la acumulación. A lo largo del tiempo, la dinámica y la composición de la restricción externa se han modificado, al compás de cambios estructurales en la economía mundial y argentina; sin embargo, lejos de atenuarse, sus efectos contractivos y las dificultades para gestionarla se han agravado.

Hasta entrados los años '70, en el marco de una economía relativamente cerrada y un sistema financiero internacional fuertemente regulado, la restricción externa en Argentina era de naturaleza predominantemente “comercial tradicional”: exportaciones de nivel insuficiente para financiar las importaciones de bienes de capital y de insumos y componentes requeridos por las actividades productivas. De ahí en más, en varios períodos se alcanzó superávit en el balance comercial, al tiempo que los saldos negativos se asociaron crecientemente al comportamiento de las rentas de la inversión extranjera directa, a los efectos de la economía de endeudamiento y a las estrategias especulativas lideradas por el capital concentrado. Desde los '80, la suma de la remisión de utilidades de las empresas transnacionales, los servicios de la deuda, los movimientos de capital de corto plazo, la dolarización de activos y la fuga de capitales ha pasado a ser el componente central del déficit y, por lo tanto, el origen

principal de la restricción externa.

Esta constatación de cuentas solo de un desplazamiento parcial y, a la vez, de una complejización del problema: la multiplicación de las fuentes de demanda de divisas ha puesto mayor presión sobre el lado de la oferta, en particular sobre los saldos comerciales. En algunos períodos el superávit comercial observado se ha alcanzado a costa de una recesión económica interna, con el consiguiente costo social en términos de desempleo y distribución regresiva del ingreso. En otros, condiciones excepcionales, y relativamente transitorias, de demanda y precio internacional de los principales productos argentinos de exportación favorecieron el ingreso genuino de divisas e hicieron más sustentable el panorama; en estos casos, sin embargo, se desataron presiones inflacionarias que complicaron la gestión de la política cambiaria.

Con independencia de estos ciclos, la arquitectura de la inserción comercial externa de la Argentina se ha reproducido a lo largo del tiempo: a grandes rasgos, los sectores asociados a la explotación de las ventajas naturales (principalmente de base agraria o minera, también energética en contadas ocasiones) son los mayormente superavitarios, mientras que en las actividades industriales o de transformación no basadas en recursos naturales aparecen los principales saldos deficitarios. Ciertamente, los volúmenes de comercio se multiplicaron, la oferta y demanda de bienes se diversificó, se modificó la composición de los flujos a nivel de producto y han crecido las exportaciones de base industrial; sin embargo, en el juego entre aquellos dos grandes agrupamientos permanece una de las problemáticas principales de la economía argentina.

Desde los años '60 la teoría económica estilizó esta situación. La economía argentina puede ser modelizada considerando dos sectores: uno intensivo en recursos naturales que funciona en condiciones de elevada productividad del factor natural y genera divisas, y otro relativamente intensivo en mano de obra que, por deficiencias de escala, de inversión o de gestión, presenta en promedio una baja productividad y requiere divisas para reproducir y aumentar su nivel de actividad. Cuando este último crece, genera puestos de trabajo y absorbe desempleo; así, tiende al alcance

de un equilibrio interno de relativa plena ocupación, a la vez que compromete el balance externo de la economía. En tales condiciones, la restricción externa limita el crecimiento, un cambio en los precios relativos favorece al sector exportador y se produce un shock redistributivo regresivo; el equilibrio externo se restituye pero, dada la consiguiente caída del nivel de actividad y del empleo, a costa de un fuerte desequilibrio social interno.

---

***Desde los '80, la suma de la remisión de utilidades de las empresas transnacionales, los servicios de la deuda, los movimientos de capital de corto plazo, la dolarización de activos y la fuga de capitales ha pasado a ser el componente central del déficit y, por lo tanto, el origen principal de la restricción externa.***

---

Los cambios registrados en los últimos 60 años en la estructura productiva y en las estrategias de los agentes económicos principales no han modificado sustantivamente este patrón; en particular, las tendencias a la financiarización (economía de endeudamiento, valorización financiera y dolarización e internacionalización del excedente) han agravado la volatilidad y la magnitud de los shocks.

Si se consideran distintos períodos y ciclos de política económica, desde 1960 la economía argentina solo convergió de modo sustentable en términos de crecimiento<sup>1</sup> entre 2003 y 2011, sobre la base de favorables condiciones de precios y demanda internacionales y una virtuosa política expansiva doméstica. Ciertamente, también creció más que la economía mundial entre 1991 y 1998, pero lo hizo acumulando severos déficits de cuenta corriente; la no sustentabilidad de esta forma de crecimiento se manifestó con toda crudeza en la crisis de 2001 y 2002. En el resto de este largo período, los episodios de crisis externa fueron frecuentes, aún en condiciones de lento crecimiento.

Claramente, la economía argentina ha tenido severos problemas para compatibilizar equilibrio interno y externo y sostener un crecimiento inclusivo. En parte,

esto se debe al largo proceso de desindustrialización relativa iniciado a mediados de los '70, que ha llevado a reducir a casi la mitad la contribución de la industria manufacturera al producto total (de cerca del 30% en 1974 a poco más del 15% en la actualidad). Mucho se ha discutido sobre esta tendencia: se ha pretendido asimilarla a lo acontecido en las economías maduras a partir de los cambios tecnológicos y de organización de la producción predominantes, que llevaron a procesos de desintegración vertical, de deslocalización y tercerización y, más en general, de "servización". Sin desconocer estos factores, el caso argentino representa claramente uno de desindustrialización "forzada": resulta ser la única economía industrializada con un producto manufacturero per cápita estancado desde aquel pico (en las economías desarrolladas este indicador crece a pesar de la caída de la participación sectorial en los agregados totales) y, también a diferencia de las economías maduras, la mano de obra desplazada del sector industrial se ha insertado mayoritariamente en servicios de baja calidad o en actividades informales.

---

***Hay dos períodos particularmente traumáticos de interrupción deliberada del proceso de industrialización: uno en el marco de la política económica de la dictadura cívico militar (1976-1983) y otro asociado a las políticas de reforma neoliberal de los años noventa.***

---

En esta trayectoria hay dos períodos particularmente traumáticos de interrupción deliberada del proceso de industrialización: uno en el marco de la política económica de la dictadura cívico militar de 1976 y otro asociado a las políticas de reforma neoliberal de los años '90. No menos importante como factor explicativo del estancamiento es la debilidad en la generación y adopción de cambio tecnológico: cualquiera sea el indicador con que se quiera aproximar este proceso, gastos y esfuerzos en I+D+i (*inputs*), patentes o registros de productos y procesos nuevos (*outputs*) o la productividad total de factores, ha permanecido llamativamente bajo en términos internacionales durante décadas.

Una de las consecuencias más graves de estas tendencias de largo plazo es que la economía argentina presenta, en promedio, un bajo nivel de productividad; como patrón de referencia, vale indicar que actualmente está en el orden del 40% de la productividad de la economía de los Estados Unidos<sup>2</sup>. Hay algunos períodos en los que la brecha de productividad acumulada entre ambas economías resulta especialmente marcada; no casualmente, los períodos de mayor divergencia son las fases en que prevalecieron las políticas "anti industriales".

Esta situación dista de ser homogénea: por una parte, hay evidencias de que la divergencia de productividad de la economía argentina tiende a ser creciente en sectores industriales intensivos en mano de obra, sea ésta calificada o no; por otra, la heterogeneidad de productividad entre las distintas ramas de actividad y entre unidades productivas dentro de una misma actividad es muy elevada, llegando a más que duplicar los índices equivalentes estimados para las economías centrales. Una economía de baja productividad tiene necesariamente problemas para administrar y gestionar su inserción internacional, en particular en las actuales condiciones de funcionamiento de la economía mundial, y para financiar y gestionar el conflicto distributivo interno; este último rasgo es decisivo para comprender la economía política del desarrollo en la Argentina.

Recapitulando: los ciclos de corto plazo y la marcada volatilidad de la economía argentina se relacionan con la dinámica de la restricción externa, que, sin desconocer o minimizar los factores propios de las tendencias a la "financiarización", encuentra en el insuficiente nivel de productividad del aparato productivo una de sus causales duras. Esta situación, a su vez, deriva, como los pioneros de los estudios sobre el desarrollo en Latinoamérica postularon, de las características de la estructura productiva y de la dinámica de acumulación de sus agentes principales. En líneas generales, el aprovechamiento de ventajas y rentas naturales en el agro pampeano y la gran minería y el aprovechamiento de escala, posición dominante y mercados más o menos cautivos en la gran industria intermedia, en segmentos de la industria de bienes de consumo durable y en algunos servicios públicos o privados constituyen el núcleo duro de más elevada

rentabilidad de la estructura productiva argentina. A su vez, en buena parte de las economías regionales, en muchos otros segmentos del aparato industrial y en una amplia franja de los servicios predomina una especialización en las gamas relativamente más bajas y de menor calidad y variedad de la producción, en detrimento del valor agregado potencial y de la capacidad de incorporar conocimiento e innovación.

Si entre los primeros pueden encontrarse algunas “islas de modernidad” caracterizadas por niveles de productividad comparativamente altos pero débil capacidad de derrame y eslabonamiento, en los segundos se alojan los sectores en los que se compite por precio, lo que instala una presión particular sobre las relaciones de trabajo. Así, la estructura tecnoproductiva y la estructura socioproductiva interactúan para generalizar y reproducir un modelo de negocios en gran medida predatorio de las condiciones laborales, de la naturaleza y de las finanzas públicas y que, a la vez, genera una baja calidad productiva. Al mismo tiempo, el sistema financiero resulta de poca profundidad y baja cobertura y, en general, más especializado en viabilizar operaciones especulativas que en apoyar la ampliación de capacidad productiva; es innegable el compromiso del sistema financiero con las prácticas de dolarización de activos y de fuga de capitales, lo que tiene un impacto negativo sobre el financiamiento disponible.

Estas tensiones se expresan con toda nitidez en el mercado de trabajo, que se desenvuelve actualmente en condiciones de tasas de desempleo y subempleo estructural relativamente elevadas en promedio, con algunos núcleos duros de desocupación, una tasa de informalidad total que ni siquiera en los períodos de mayor crecimiento ha perforado el piso del 35% (con actividades industriales y de servicios en las que llega a más del 70%) y altas tasas de rotación, en particular en aquellos sectores de menor productividad. Estas condiciones socioproductivas son aptas para la precarización de los procesos de trabajo y para instalar y reproducir brechas salariales significativas, no sólo entre diferentes actividades, sino también entre empresas dentro de una misma rama y entre distintos colectivos de trabajadores. Cerca de la mitad de la población está en condiciones de extrema fragilidad desde el punto de vista del empleo; en virtud de

que las disparidades productivas se traducen en una estructura ocupacional segmentada, la proporción de la población activa inserta en situaciones precarias es mayor de lo que cabría esperar en base a la productividad media.

---

***Una economía de baja productividad tiene necesariamente problemas para administrar y gestionar su inserción internacional, en particular en las actuales condiciones de funcionamiento de la economía mundial, y para financiar y gestionar el conflicto distributivo interno.***

---

En líneas generales, la correlación entre productividad, formalidad e ingresos es muy elevada, de modo que los sectores con alta (baja) formalidad e ingresos tienden a ser de alta (baja) productividad relativa. Si se considera la estructura sectorial, algunas actividades que, en términos relativos ocupan poca mano de obra (tales como petróleo y minería, industrias *high-tech* y servicios intensivos en conocimiento), registran los niveles más altos de formalización e ingresos del trabajo. Inversamente, otros que aportan fuertemente al empleo total (como la construcción, el servicio doméstico y el comercio) registran, al igual que el agro, elevada informalidad y bajas remuneraciones. Las industrias *low-tech*, que contribuyen con el 80% del empleo industrial, y las actividades de transporte se ubican en niveles intermedios –aunque más próximos a las situaciones de mayor precariedad–, mientras que el sector público ostenta salarios similares a la media de la economía y mayores niveles de formalización en promedio. Esta configuración se traduce en intensas disparidades de ingresos y en desigualdades a nivel territorial y profundiza el cuadro de heterogeneidad económica y social.

## **El camino del cambio estructural**

La tarea impostergable del desarrollo es, entonces, transformar de raíz las estructuras que no sólo limitan el crecimiento, sino, fundamentalmente, generan y reproducen inequidad y condiciones pre-

carias de trabajo –y de vida– para la mayoría de la población. La tarea impostergable del desarrollo es, entonces, impedir la emergencia recurrente de crisis que “resuelven” los desequilibrios propios de la dinámica de la estructura productiva y del proceso de acumulación mediante transferencias brutales en contra de los sectores asalariados y de menores ingresos en general. Es decir, la tarea principal del desarrollo es la tarea del cambio estructural.

Por supuesto, no hay un camino marcado; el proceso de desarrollo es siempre idiosincrático. Toda sociedad lo transita en el marco de condiciones generales comunes, delineadas fundamentalmente por el modo de producción, las formas de competencia y las fases económicas dominantes a nivel mundial, pero atravesada por las condiciones particulares de su estructura tecno y socioproductiva, sus instituciones y sus prácticas económicas, sociales y políticas. La interacción entre estas dos dimensiones da lugar a trayectorias y formas diferenciadas a nivel nacional. El trayecto es, a la vez, necesariamente incierto, porque se basa en un proceso social complejo y porque el objetivo es “un blanco móvil”: no solo las fronteras productivas y tecnológicas están en constante movimiento, sino que también, legítimamente, las demandas sociales de bienestar y de buen vivir se diversifican y amplían.

---

***El desarrollo y el cambio estructural son, inevitablemente, un proceso social y políticamente conflictivo, en el que se modifican las formas de creación, apropiación y distribución del excedente, se afectan rentas, se transfieren ingresos y se generan “ganadores y perdedores sociales” relativos.***

---

Por lo tanto, la tarea del cambio estructural requiere planificación, la definición de una estrategia y una eficaz gestión de la transición coordinando integralmente las políticas macroeconómicas, industriales, tecnológicas, comerciales, territoriales, sociales y educativas. La transición supone administrar un conjunto de tensiones inevitables, por ejemplo, entre

las pautas de consumo e inversión, entre los ritmos de la productividad y el empleo, entre las modalidades de inserción internacional y la autonomía y control de las decisiones y entre las formas de crecimiento y la sustentabilidad ambiental y social. Pero, más que nada, porque el desarrollo y el cambio estructural son, inevitablemente, un proceso social y políticamente conflictivo, en el que se modifican las formas de creación, apropiación y distribución del excedente, se afectan rentas, se transfieren ingresos y se generan “ganadores y perdedores sociales” relativos. Llevar adelante esta tarea en los marcos del sistema democrático, sometida a un recurrente escrutinio político de resultados y expectativas, requiere convalidar la legitimidad de la acción pública a través del liderazgo político y la capacidad para interactuar con las demandas sociales.

La diversidad de la dotación de recursos naturales y la prolongada historia de construcción de una sociedad industrial han contribuido para que la Argentina cuente con un elevado grado de diversificación y acumulación de capacidades productivas. A la vez, los colectivos sociales representativos del capital y del trabajo se han constituido social y políticamente a lo largo de esa historia con una enorme fortaleza para disputar el excedente. Cualquier estrategia de desarrollo debe partir de reconocer ambas premisas. La primera supone la existencia de un amplio “capital social” que no deja opción para estrategias “de nicho” o súper especialización; decretar territorios o sectores inviables sería, además de un crimen social, un absurdo desperdicio de recursos. La segunda explica la particular robustez de la puja distributiva en la Argentina que, más que como un problema de límites a la acumulación, debe ser pensada como un importante activo social para movilizar y reorientar las fuerzas productivas; no se trata de “castigar” a la sociedad –en rigor, a sus segmentos más pobres y vulnerables– por demandar mayores y mejores condiciones de acceso a bienes y servicios.

El actual contexto internacional y regional propone más obstáculos que estímulos; el panorama combina estancamiento o lento crecimiento económico, inestabilidad y opacidad financiera, guerras comerciales predatorias y una nueva ola de programas de regresividad social y discriminación política. Estas

tendencias ya llevan algunos años y son parte de una crisis que, al mismo tiempo, incuba modificaciones estructurales y tecnológicas que, promovidas por una intensa reactivación de las políticas industriales en los países centrales, amenazan los futuros escenarios del empleo y desestabilizan el mapa productivo mundial. Hay nulas posibilidades para los países periféricos que no fortalezcan simultáneamente su sistema productivo y su mercado interno y no amplíen su escala y su capacidad de negociación internacional en el marco de bloques regionales estratégicos.

La superación de las heterogeneidades productivas y distributivas que caracterizan a la Argentina requiere un salto generalizado de productividad y la consolidación o creación de instituciones y normas que arbitren el conflicto distributivo y compensen las asimetrías de poder existentes. Este camino, a su vez, necesita un Estado con capacidad política y técnica para intervenir selectiva, coordinada y focalizadamente, combinando instrumentos ofensivos y defensivos en función de las especificidades sectoriales y territoriales. El desafío es impulsar un escalamiento productivo y tecnológico de todas las actividades económicas, de modo tal de mejorar las condiciones laborales y el balance externo. En el área de recursos naturales, avanzar simultáneamente en un mayor procesamiento y en la provisión de bienes de capital e insumos y servicios tecnológicos; en la industria manufacturera y en los servicios, diversificar productos, incorporar conocimiento, evitar los segmentos de competencia predatoria y crear nuevos mercados. La complejidad

de la tarea y la sociedad civil y el Estado necesarios reclaman una amplia coalición social y política que lo haga posible.

---

***No hay desarrollo sin ampliación e  
igualación de acceso a derechos para todos.***

---

### **Nota final**

Es más que probable que el programa político y económico que ejecuta (las evocaciones de sentido son deliberadas) actualmente el Presidente Macri desemboque en una crisis externa que agudice la recesión, descalabre las variables macroeconómicas y profundice la crisis social. Es muy probable que, en ese marco, se abra una opción política para proyectos alternativos. También es probable que, entonces, la gestión de la emergencia económica y social condicione inicialmente las prioridades y tienda a postergar el debate y las acciones por el desarrollo. Aún así, sería deseable que en esta oportunidad lo urgente y lo importante convivieran y que la tiranía de lo “macro-financiero” en el corto plazo no desplazara una vez más la cuestión de fondo. Como sabemos hace ya más de medio siglo, no hay crecimiento sustentable con la matriz productiva predominante y, como lo reclaman las viejas y nuevas consignas y luchas sociales, no hay desarrollo sin ampliación e igualación de acceso a derechos para todos. □

### **Notas**

1. Se entiende aquí por “convergencia” tasas de crecimiento de la economía argentina superiores a la media de la economía mundial en el mismo período, y por “sustentabilidad” la generación de un saldo de cuenta corriente externa positivo en promedio del período.
2. El indicador referido es la productividad laboral media por hora trabajada.